

José Raúl Lamoyi

SIN LUGAR PARA EL ACUERDO



FONDO EDITORIAL
DEL MUNICIPIO DE CENTRO

SIN LUGAR PARA EL ACUERDO

COLECCIÓN
FOMENTO A LA LECTURA

Consejo Editorial
2025

Yolanda Osuna Huerta
Alexandra Rebolledo González
Luis Alberto López Acopa
Alejandra Casanova Priego
Aurora Kristell Frías López
Gerardo Brabata Pintado
Miguel Ángel Ruiz Magdónel

SIN LUGAR PARA EL ACUERDO

José Raúl Lamoyi

Primera edición, 2025

ISBN: 978-970-96625-2-8

© Municipio del Centro
Av. Paseo Tabasco, número 1401
Col. Tabasco 2000. C.P. 86035

El jurado del Premio Municipal de Cuento “Doña Gaba” Gabriela Gutierrez Lomasto 2025. El jurado calificador estuvo integrado por los escritores: Elianet Paola García, Ángel Vega y Juan de Jesús López.

Todos los juicios expresados en este libro son responsabilidad del autor. Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal de Derecho de Autor.

Coordinación editorial: Luis Alberto López Acopa.
Diseño de portada: Valentina Inguanzo Samberino.

Impreso en Tabasco, México.

PRESENTACIÓN

El Gobierno Municipal de Centro, comprometido con los objetivos del Plan Municipal de Desarrollo 2024-2027, ha hecho de la cultura un eje sustancial de su quehacer público. Impulsar y difundir las expresiones artísticas entre los habitantes del municipio no es solo una tarea institucional: es un acto de profundo humanismo, una apuesta decidida por la inteligencia colectiva y el alma de nuestra comunidad. En esta tarea, el intercambio de saberes y la preservación de la memoria histórica se convierten en puentes que fortalecen el sentido de pertenencia.

Nuestra agenda cultural, constante y dinámica, se ha enriquecido con programas que promueven la lectura y fortalecen la labor editorial, ampliando el catálogo de publicaciones que conforman el Fondo Editorial de Centro. Estas obras no solo nutren el acervo de nuestras bibliotecas municipales, sino que también se ponen al alcance del público en formatos físicos y digitales, abriendo caminos al conocimiento, a la imaginación y a la inclusión tecnológica.

En esta ocasión, presentamos las obras que resultaron de los certámenes municipales de Cuento “Doña Gaba” Gabriela Gutiérrez Lomasto; Poesía “Teodosio García Ruiz”; Dibujo y Pintura “Guayacán & Macuilí”; y Fotografía Israel “Chacato” Zúñiga, convocados y premiados en el marco del Cuarto Festival Guayacán & Macuilí, realizado del 27 al 30 de marzo de 2025.

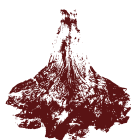
Cada una de estas creaciones es una expresión auténtica de sensibilidad, una semilla sembrada en el terreno fértil de nuestra identidad. Son testimonio de un presente lleno de vitalidad y de un porvenir que se escribe con imaginación, talento y compromiso.

Así, seguimos construyendo libro a libro, imagen a imagen una sociedad más justa, más sabia y más luminosa.

Yolanda Osuna Huerta

SIN LUGAR PARA EL ACUERDO

José Raúl Lamoyi



EL ADVERSARIO

Terminé bajo aquel cobertizo, impulsado por dos urgencias: la lluvia repentina y las ganas de orinar. Mis anginas se inflaman a la menor provocación del agua y el aire fríos. Aunque cargaba un paraguas, la ventolera sesgaba la lluvia y el drenaje de la ciudad universitaria solía no dar abasto para dragar el fluido legamoso que, por el contrario, escapaba de las coladeras y a veces levantaba las pesadas placas metálicas del alcantarillado.

Otra desafortunada consecuencia del frío aplicado a mi organismo es la congestión de una vejiga tan vulnerable como el sistema respiratorio. Cada segundo lejos de un mingitorio me exponía a la humillación pública.

Pude haber permanecido en el varadero, pero alguna de las demás personas recluidas por la tormenta habría notado el tono ligeramente más oscuro de mis pantalones a la altura de la bragueta y, aunque al principio pudiese atribuir aquella humedad al embiste repentino

de la precipitación, al cabo de un rato, el aroma, agrio y penetrante característico de la orina, hubiera agredido su sensor olfativo, conduciéndole a la conclusión acertada. Fue esta la razón por la que me arriesgué a contraer una neumonía y salí disparado bajo mi pequeño paraguas hacia el primer sanitario de la ciudad universitaria, tan pronto descendí del transporte público y me flagelaron las primeras dos gotas de lluvia.

Llegué con los pies secos a un pequeño sardinel antes de que dos crenchas de agua se cerraran en torno a mis mocasines como las fauces de algún depredador marino. Giré para observar la amenaza justo cuando su dentadura espumosa castañeteaba con violencia y se erguía por encima del nivel del escaloncillo, exhibiendo lo que me aguardaba si cometía el atrevimiento de volver sobre mis pasos.

Pensé aliviado: descargo y espero bajo el alero a que descienda el nivel de las aguas. Formé una concha con la mano derecha sobre el motivo principal de mi orgullo y la agité en repetidas ocasiones hacia la desafiante marejada, pensando: ven a mojarme esta.

Un carraspeo a mis espaldas me reveló la presencia de una mujer madura y una niña no mayor de seis años. La mujer me observaba con desaprobación, agitando la cabeza de lado a lado, sus labios apretados y la mirada punzocortante; en resumidas cuentas, con una expresión dura, alentada por el gesto de zarandearme las pelotas. Encogí los hombros y me aprestaba a escabullirme al baño de varones, pero me cortó el paso, extendiendo el brazo y apoyándolo contra el marco de acceso, A dónde va, Necesito usar el baño.

Se limitó a dirigir, con un movimiento de su barbilla, mi atención hacia un letrero escrito con marcador. Al principio no lo comprendí. Me encontraba ofuscado por su actitud restrictiva y bastante indignado por el fulgor desafiante de sus ojillos negros. No transcurrió mucho para que las palabras comenzaran a cobrar sentido.

«Prohibido El Paso
Baños Inglés
Sabatino Infantil»

Sentí frío y la punzada correspondiente a la altura del vientre bajo, apurándome. Asumí una actitud suplicante, Por favor,

señora. Tengo que... Miss Carolina. Señora la más vieja de su casa, replicó sonriendo, de oreja a oreja, la voz pausada, sin exabruptos, sujetando a la niña con la otra mano. Disculpe, miss Carolina. Sólo será un momento... Ningún momento. Tendrá que buscar otro baño.

Intenté persuadirla, señalando el torrencial diluvio a mis espaldas, diciéndole que todo el campus estaba inundado. Se podía hacer una excepción. Además, era evidente que no había niños en el sanitario ni otras personas aparte de nosotros tres. Nadie se enteraría.

Se limitó a escucharme, sin alterar su sonrisa de circunstancias, sin retirar su brazo del marco de acceso, sin soltar a la niña que tarareaba completamente ajena a la tensión desatada por encima de su cabello sujeto con listón rojo. Cuando terminé de hablar, dijo Las reglas se hicieron para respetarse.

Tenía todo el tiempo del mundo. Más allá del cobertizo, la tormenta arreciaba, las aguas legamosas provenientes del alcantarillado agitaban sus espumosas fauces. No se arriesgaría ni a sí misma ni a la niña.

Recordaba haber visto el letrero en ocasiones anteriores, limitándome a ignorarlo. No solían designar a nadie para custodiar el acceso y hasta entonces no se había visto afectada la integridad de ningún niño. Aquella era sólo una miss, atrapada por la lluvia conmigo y la niña en aquel sitio. Posiblemente, aplicar las reglas le interesaba tanto como al resto de los responsables del curso sabatino de inglés infantil, quienes se conformaban con colocar un letrero escrito a mano para garantizar la seguridad de los párvulos. Su repentino apego hacia las reglas quizá se debiera al desafortunado gesto a mitad del cual me había sorprendido, o por tratarse esta de una circunstancia que ponía a prueba la autenticidad de su práctica o su aplomo ante la adversidad. Cualquiera que fuera el caso, la impulsaba a asumir su papel de miss responsable por el bienestar de los niños y no tenía manera de saberlo, pero yo podía ser un pedófilo o un tratante de blancas. Al menos esa impresión transmitían sus ojillos fieros.

Evalué mis alternativas. Podía haberla empujado. No era muy grande; sin embargo, sabía que había cámaras de vigilancia apuntando hacia los sanitarios y la agresión

aparente a una mujer acompañada por una niña me acarrearía problemas.

Podía haberme orinado, ahí, parado, aunque la vergüenza me hubiera perseguido toda la vida, y jamás se sabe cuándo puede reencontrarse al conocedor de un momento humillante. Quizá, más adelante, en el centro comercial o en la fila del cine, esperando turno para pagar despensa o comprar boleto junto a mi esposa, me topara de frente con la mujer también acompañada por un hermano o un marido vengativos y terminara trezándome a golpes con aquél, para que, cuando se presentaran las autoridades a separarnos y realizar las averiguaciones pertinentes, ella terminara declarando: Se orinó delante de mí y una niña de seis años. Aunque fuese poco probable, no quería esa posibilidad en mi futuro.

Podía haberme mojado y buscar otro baño, pero mi salud es en verdad un tesoro colgando de un hilo muy delgado. Preferí continuar suplicando, Miss Carolina, por favor, tenga piedad, Los hombres no tienen piedad.

Aquella declaración lo explicaba todo. Me odiaba por la circunstancia de haber nacido hombre. Sin importar lo que le di-

jese, ahí me tendría, en jaque hasta que la empujara, me orinase o decidiera marcharme.

Entonces ocurrió un milagro. No se abrieron los cielos y apareció un arcoíris; tampoco se le ablandó el corazón a miss Carolina (resentida por cualquiera que fuese el motivo) ni se convirtió mi orina en vino servido en una copa.

Habló la niña.

Miss Caro, el señor se está haciendo pis.

Por primera vez, la duda asaltó a la mujer de cuyo rostro se diluyeron la sonrisa y los rasgos afilados. También los ojos, fulgurantes brazas de condenación, parecieron apagarse hasta quedar hechos dos carboncillos cálidos, incluso afectuosos.

Amanda, el señor tiene que ir a otro baño.

Pero por qué, miss Caro.

No contaba con las herramientas para decirle de manera concreta que estábamos involucrados en una guerra a muerte. Como permaneciera callada más de lo tolerable para la paciencia de una niña de seis años, Amanda dijo Déjelo hacer pis, miss Caro.

Miss Carolina levantó la mirada y las brasas en sus ojillos volvieron a cobrar intensidad. Finalmente, bajó el brazo colocado sobre el marco de acceso y dijo Ya escuchó a la niña.

Entré a las carreras y descargué. Cuando salí, la lluvia había parado y ya no encontré a miss Carolina y Amanda, aunque los adoquines de la explanada continuaban sumergidos. Tal vez el gesto de piedad hacia el adversario había impulsado a miss Carolina a levantar en brazos a la niña y emprender la retirada cuanto antes.

Hasta el día de hoy recuerdo la inocencia en la expresión de la niña del listón rojo y me pregunto con tristeza si no se la habrán adulterado todavía.

LA PROVOCACIÓN

Sexto observa a Tercero con rencor. Su mirada le persigue sin tregua; tampoco es que tenga mucha oportunidad de voltear hacia otro lado: se han quedado atrapados en aquel ascensor, con la madre y el hijo pequeño de Tercero, quien presiente que en cualquier momento Sexto va a estallar. Deja de juzgarme, Tercero. Por favor, ya deja de...

Toce, nuevamente Sexto está tosiedo. Tercero atrae a Fer con una mano y lo presiona contra el pecho. La tos de Sexto es pedregosa, continua, por más que lo intenta —se contiene la boca entre la corva del brazo derecho— no consigue apagarla. Arrojó ya ocho, nueve cañonazos. Su rostro no es más el de un ser humano. Se ha convertido en una brasa húmeda. El sudor le impregna la frente y de sus ojos se descuelgan algunas lágrimas. Once, doce. Tercero intenta proteger a Fer. El niño grita, Suéltame. Lo estás ahogando, dice la madre.

Tercero lo libera del abrazo. Fer respira. Quince, dieciséis. La brasa deja de crepitar. Se apaga al compás de suaves y prolon-

gados estertores. Sexto recobra el aliento y vuelve a observar a Tercero, pero esta vez con vergüenza. No sabe hacia dónde dirigir los dos carboncillos en que se han convertido sus grandes ojos negros. Sexto tiene la culpa de que se quedaran atrapados, piensa Tercero, que también se siente responsable.

Las puertas del ascensor estaban por cerrarse cuando escuchó una súplica, Por favor espere. Ambos extendieron instintivamente sus manos hacia las batientes metálicas y detuvieron el mecanismo del aparato, que estaba a punto de ascender hacia la cuarta planta del edificio. Sus dedos se habían encontrado y separado casi al instante, estocados por un aguijonazo de timidez. En la piel de Tercero la sensación se prolongaba derramándose sucesivamente de poro a poro, como por una suerte de afluente arbitrario que desembocaba en el corazón. Sexto dio las gracias y presionó el número seis del tablero. Jamás se habían visto. A Tercero le pareció muy agradable; de estatura mediana, apenas unos centímetros por debajo de su propia estatura, tenía la nariz perfilada y la frente un poco más ancha de lo usual, lo que no desentonaba con el mentón saliente, sus labios finos, los

grandes ojos negros y los pómulos afilados. En qué momento se habría mudado al edificio. Tal vez mucho antes o quizá poco después que ellos mismos. Estaba pensando que con la compañía de Sexto podría amortiguar una temporada los fríos abrazos de la ausencia y la añoranza, cuando Sexto comenzó a toser y el encanto de la incipiente esperanza se diluyó.

El odio no poseyó a Tercero de manera inmediata. Sexto tosió una vez y en aquello no había nada anormal. Cualquiera tose por alguna corriente repentina de aire frío, por tragar saliva, por resequedad de la garganta o por reflujo. Cualquiera puede toser dos veces, porque tanto en el cuerpo como en la naturaleza existen las réplicas: el mar imita el azul del cielo y a las palabras dichas junto a un acantilado las secunda el eco. A la tercera detonación, proveniente de la caja torácica de Sexto, se encendieron las luces de alarma, dentro de la cabeza de Tercero y literalmente, porque esta última fue tan violenta que le proyectó contra el tablero del ascensor, haciéndole presionar varios de los botones al mismo tiempo. Con un golpe seco que los derribó a los cuatro, el aparato se detuvo. Las luces de emergencia se encendieron luego de

algunos segundos y desde el interfono les llamaron con una voz metálica, Se encuentran todos bien ahí adentro. Todos estamos bien, contestó Sexto presionando un botón y haciendo esfuerzos por hablar con normalidad, carraspeando.

Sáquenos de aquí cuanto antes, quiso gritar Tercero, pero no lo hizo a causa de los últimos vestigios de urbanidad que le quedaban y, porque tal vez, la tos de Sexto no fuera más que un suceso aislado, circunstancial, un desafortunado incidente que no se repetiría.

Se había equivocado. Sexto comenzó a toser con renovados bríos, que le derrumbaron en uno de los rincones del estrecho espacio. Tercero le dijo a su madre, sin ninguna contemplación hacia Sexto que parecía tener dificultades para respirar, Me lo va a enfermar al Fer.

Como confirmando la idea de que Sexto representaba una amenaza para Tercero y su familia, la voz metálica declaró por el interfono, No se preocupen, los estamos vigilando. El personal de mantenimiento va en camino.

En cierto ángulo, por encima de sus cabezas, se hallaba la cámara de seguridad. Tercero había procurado disponerse con

Fer y su madre en el extremo más alejado de Sexto, que se encontraba en la esquina debajo del interfono, junto a las batientes de acceso. Tres o cuatro veces le embistieron los ataques de tos incontrolable; tres o cuatro veces, Tercero resguardó a Fer mientras le recordaba a su madre lo costosas que habían sido las últimas visitas al pediatra, los medicamentos para la garganta y cuántas preocupaciones les habían acarreado sus malestares las veinticuatro horas durante dos semanas llenas de angustia.

Sus esfuerzos apenas habían bastado para recuperar la salud de un niño tan delicado y los intentos de su madre por tranquilizarle sólo conseguían alterar más a Tercero. Parecía que ya hubiera olvidado los quejidos a medianoche, las visitas nocturnas a la sala de urgencias, los esfuerzos inútiles para contrarrestar las fiebres y los temblores, el llanto, particularmente el llanto de Fer repitiendo Me duele, me duele... Pensó con horror que a ella no le importaba el bienestar del niño y estuvo a punto de achacárselo cuando empezó este último ataque del cual Sexto ya se repone.

Tercero teme que al cuerpo de Fer ya lo hayan invadido los gérmenes regados por

Sexto en aquel estrecho espacio de paredes frías y aire turbio. Teme particularmente a la desesperación que es capaz de sentir y que no le deja en paz en el trabajo ni por las noches, con los estertores de Fer aproximándose a su cama desde el cuarto vecino, repitiendo en un estado intermedio entre el sueño y la vigilia Me duele, me duele...

Sexto merece saber todo el daño que puede llegar a provocarles. A Tercero no le asusta su rencor ni le compadece su vergüenza. Por el contrario, que lo sepa, que lo sepa: en unos días, Tercero y su madre podrían hallarse atravesando una nueva etapa de tensión, algo que no desea volver a sufrir.

Los ojos de Sexto suplican: Tercero por favor no diga más, por favor ya deja de mirarme; parecen explicar que no es culpa suya y que, en alguna parte, en el trabajo, el centro comercial, la fila del banco, alguno de aquellos diversos lugares hacia los cuales le empuja la necesidad, otro le había contagiado. Cómo iba a saber además sobre la fragilidad de un niño extraño, cómo podía haberse anticipado a la circunstancia de quedar atrapados los cuatro en aquel ascensor. No tenía manera de prevenirlo, pero tampoco tenía justificación, en opi-

nión de Tercero, que continúa descargando sus frustraciones contra Sexto.

En los ojos de Sexto el odio contenido sustituye la intención de súplica. Sus carboncillos se encienden con la intensidad de los de un animal herido, propenso a embestir en un desesperado esfuerzo por conservar su integridad intacta. Parece estar a punto de interponer algunas palabras, pero se arrepiente en el último segundo, logra domeñar su rencor o puede que sea la vergüenza la que le somete.

No es la una ni la otra: su rostro se está encendiendo, sus pupilas se dilatan; vuelve a ser la braza húmeda a punto de estallar y Tercero grita: ¡Acércate, Fer! No exageres, dice su madre, vas a lastimar al niño. ¡Fer, ven aquí! Apremia al niño mientras le tironea el brazo y lo presiona contra el pecho.

Sexto se ahoga, procura con toda el alma no darle motivos a Tercero para reanudar sus reproches. No desea continuar sintiéndose culpable; no sabe si podrá seguir reteniendo sus palabras. Quisiera que Tercero se callara de una buena vez y dejara de increparle. Ha pensado varias veces suministrarle una bofetada, pero la cámara, suspendida encima de sus cabezas, le retiene.

La brasa vuelve a crepitar, y Tercero grita con todas sus fuerzas: ¡Sáquennos de aquí!

Reviven una vez más el desvelo, la respiración agitada, los quejidos nocturnos, los viajes de madrugada al hospital, los intentos inútiles por localizar al pediatra. No de nuevo, no de nuevo, piensa y oye cómo su madre se apresura a decir algo, pero prefiere ignorarla. A ella simplemente parece no importarle lo malo que se pone Fer.

Tres, cuatro detonaciones, preceden sus palabras ¡Lo va a enfermar, mamá!

Sexto por fin se yergue y se le abalanza, forcejea con Tercero, casi de inmediato se deja oír el chasquido metálico del interfono: ¡Conserve la calma, vamos para allá!

Sexto no será quien se haga cargo del niño, piensa Tercero, y siente las manos calientes de Sexto estrujándole los brazos, el cuello, la espalda, el pecho. Sus crepitaciones y el apremio no le permiten articular inteligiblemente las palabras. Tercero sólo percibe el ruido de las detonaciones en mayor cantidad que antes, muy cerca de sus oídos aturdidos por los pedregosos estertores de Sexto. Veinte, veintiuno, veintidós. Le tiene miedo, por primera vez le tiene miedo, y en su mente conserva un

único pensamiento: No se volverá a enfermar, Fer no se volverá a enfermar.

Desde el interfono se escuchan unas fuertes estridencias y detrás de los batientes del ascensor, varias percusiones resueltas. Las placas ceden y en seguida entran dos hombres vestidos de overol.

Logran arrebatarse a Fer, que tenía algún rato de haberse quedado quieto contra el pecho de Tercero.

LA FIESTA DE COMPROMISO

Las decoraciones no eran las mismas del catálogo. Deyanira marcó inmediatamente después de verlas a la dependiente de la florería. Comenzó hablando con mucha educación, pero las evasivas y justificaciones de la voz pedregosa terminaron por irritarla y colgó con un ímpetu desmedido. Decidió que el inconveniente no le echaría a perder la cena de compromiso. Sus padres y suegros llegarían en unas horas; también había invitado a su jefe y algunas amistades muy cercanas. Aun así, volvió a mirar las decoraciones de orquídeas, y maldijo su mala suerte.

Pensándolo mejor, no estaban tan mal. El tenue lavanda de los pétalos externos orlaba una florecilla de coloración más densa. Lo único que no tendría remedio serían los enormes jarrones amarillos en los cuales reposaban un poco desaparejas. ¿Por qué les habían colocado un listón rojo alrededor del cuello? Se los retiró a toda prisa a los primeros once. Cuando tiró del doceavo ribete de tafetán, el recipiente al que estaba sujeto se vino abajo sobre los azulejos.

Algunos pedazos de porcelana terminaron bajo el comedor; algunos más entre las patas del aparador de la vajilla fina. Deyanira dejó escapar un grito.

La silueta de Anita se recortó bajo el marco de la cocina. Tenía el delantal puesto. Preguntó por el estruendo. ¿La señora se encontraba bien?

¿No estás viendo, sonsa? Deyanira se disculpó de inmediato. Le pidió que trajera una escoba y regresara a la cocina. Sólo faltaba que se quemaran el plato principal o alguna de las guarniciones. Se inclinó frente al aparador y comenzó a extraer con cuidado los trozos de cerámica. Sintió una punzada y rechinó los dientes. Se observó la palma de la mano izquierda: el corte no era ni grande ni profundo, pero brotaba una cantidad de sangre inverosímil. Cuando Anita regresó con el arsenal completo de limpieza (versada en el oficio, había tenido el juicio para determinar que la escoba no sería suficiente), vio a la patrona limpiándose la herida con una servilleta. Volvió a salir del comedor.

Regresó con un frasco de agua oxigenada, gasas y algodón. Limpió concienzudamente la herida. Deyanira había comenzado a llorar.

Voy a parecer una momia. Anita la tranquilizó. Bastaba con bajar la manga del vestido y mantener un poquito empuñada la mano, así patrona, así. Mejor se retachaba para la cocina, o entonces habría auténticos motivos para llorar.

Deyanira se quedó sola, sentada junto al comedor, el codo siniestro encajado sobre el bonito mantel bordado. ¡Lo había manchado! Rogelio le hubiera restado importancia al asunto. Casi podía escucharlo decir Déjalo, no hay cuidado. Pero cómo no lo iba a tener, si la mancha carmesí resaltaba sobre la tela blanca. Quiso tomarse un tiempo para respirar profundamente y contar hasta diez. Miró el reloj suspendido en una de las paredes y se levantó con alarma. Volvió a inclinarse, entre las patas del comedor y las sillas. Sumergió los pedazos de porcelana en el balde con agua y detergente, humedeció el trapeador con cuidado; pronto, los azulejos estuvieron secos y libres de esquiras. ¿Qué hacía con el mantel?

La voz de Rogelio (el recuerdo de esa voz, cálida, serena) se dejó escuchar una vez más. Otras veces le había dicho lo mismo: Déjalo pasar; el mundo seguirá girando. Él solía terminar sus recomendacio-

nes de aquella manera. Déjalo pasar... Le costaba tanto trabajo hacerlo. Aunque el mundo siguiera girando, tenía que buscar una solución a las eventualidades. Luego venían los reproches, las amonestaciones. Entonces también Rogelio se volvía un energúmeno, pero nunca antes. Tienes la obligación de soportarme, objetaba Deyanira, y Rogelio prefería no agregar nada más. No tienes remedio, apuntaba muy contadas ocasiones. Con abrumadora frecuencia le daba las espaldas y se alejaba, hasta que ella lo buscaba arrepentida y le pedía disculpas.

Afortunadamente él no estaba para enojarse. Llegaría en un rato, por lo que le urgía tomar una decisión. ¿Cambiaba el mantel o lo cubría con un plato? Cualquiera de las dos alternativas exigía reacomodar la vajilla. Se inclinó por la segunda opción: deslizó un poco a la derecha uno de los juegos y la mancha sanguinolenta se perdió de vista; repitió el proceso contra las manecillas del reloj, de tal manera que los comensales pudieran sentarse a la misma distancia. Al concluir, fue muy obvio que faltaba alinear las sillas.

Sobrevino la verdadera catástrofe. Rogelio tomaba todas las tardes el colec-

tivo para volver a casa. Estaba nervioso, porque la velada sería distinta: sus padres estarían a punto de llegar; quizá los encontraría en el recibidor, charlando con Deyanira.

Los últimos días ella había estado particularmente irritable. Se le podía decir muy poco sin que se exaltara. Apenas la tarde anterior, durante la enésima elección del menú (¿cuántas veces lo habría cambiado?), había regañado a la desangelada Anita. Permittedose una licencia retórica, se hubiera dicho que la vapuleó, y es que Deyanira, cuando perdía el control, era apenas algo menos que un cosaco.

Todo regresaría a su cauce una vez que terminara la fiesta de compromiso. Pero, pensándolo un poco mejor, ¿cuál era ese cauce? Además, vendrían los preparativos de la boda y si con el mero ensayo se había desquiciado hasta donde lo había hecho, ¿qué vendría a continuación? Sintió un escalofrío.

Tal vez se habían precipitado. Todavía estaba a tiempo de suspenderlo todo. ¡Qué tonterías pensaba! Tenía miedo, pero aquella no era una razón para renunciar. Deyanira era la mujer para él.

Ocupó el asiento frente al suyo una estudiante. Las oportunidades acechan por todos lados y en cualquier momento, pensó, sin saber del todo a qué se refería. La joven era esbelta, guapa; los senos se le pronunciaban por debajo de la blusa entallada. Le pareció que, si se paraba, tendría unas nalgas espléndidas. Le atribuyó una risa y una voz, incluso un olor a su perfume. Lo normal, a rosas o a lirios. Lirios. Recordó que apenas anoche Deyanira le habló de aquellas flores, volvió a mostrarle el catálogo digital en la pantalla de su teléfono: serían doce arreglos, uno por cada mes que habían estado juntos. Todo un año. Estarían repartidos en la estancia y el comedor, uno sobre el aparador de la vajilla, tres o cuatro más en el centro de la mesa, el resto en los demás muebles de ambas habitaciones. Al final, quien quisiera podría llevárselos, pero debería quedarles uno.

La estudiante le pareció menos guapa. Sonrió. Era bueno aquello, que la conjura mental de su futura esposa opacara, cuando no eclipsara, la tentación de pensar en otras mujeres. También era bueno dudar de sí mismo, porque la duda lo mantendría alerta.

Prefirió mirar a través de la ventana. En aquel pequeño local de comida italiana habían tenido su primera cita; después caminaron unas calles hasta el parque por cuyo acceso pasaría pronto el colectivo. Los recuerdos, aún frescos, revitalizaron su amor: mantener cerca la aperlada sonrisa de Deyanira valía por todas aquellas eventualidades que vinieron después y seguirían llegando, quizá con menor frecuencia, luego de la fiesta de esa noche y de la boda, definitivamente después de la boda, concluyó con resignación.

Pidió su parada. La estudiante permanecía en su lugar, con las piernas cruzadas. Se sintió observada y levantó los ojos. Se encontró con la mirada de Rogelio y sonrió. Lástima, pensó él, había habido una conexión y tendría que dejarla pasar.

Bajó del vehículo, caminó algunas calles preguntándose cuánto tiempo más seguiría haciendo conexión con otras mujeres. Tarde o temprano, cuando irrumpieran las canas y la barriga, la piel reseca y se le encorvara la espalda, él mismo dejaría de ser deseable. Por otro lado, envejecer junto a Deyanira no le resultaba una idea repudiable.

Después de la boda...

Tuvo que emprender la carrera cuando se percató del humo saliendo por las ventanas de su departamento. Encontró a Deyanira en el pasillo, dando voces al intendente. Anita, bañada de alguna materia viscosa, permanecía arrinconada y quieta en el tramo de escalera que subía al siguiente piso; parecía un perro inclinando la cabeza, agachando las orejas; al ver a Rogelio, le juró que no había sido su culpa. Deyanira gritaba, lloraba, maldecía. La voz de Rogelio la interrumpió.

Un charco de agua, estancado bajo la pata de la última silla que Deyanira movió, quedó al descubierto. Ella no se percató y puso el pie sobre la superficie mojada. Derrapó. Mientras caía, sin plena conciencia de sus movimientos, el tiempo un poco suspendido, avanzando como a marchas forzadas, sin decidirse del todo a culminar las acciones desencadenadas, sujetó el mantel, en un esfuerzo inútil de sostenerse.

Pensó que se iba a romper la espalda, o la cabeza. El dolor en los glúteos no fue tan severo como había imaginado, pero la avalancha de consecuencias prosiguió su indolente evolución a escasos cuadros por

segundo, ajena al provisional alivio que Deyanira sintió por no haberse quedado paralítica. Vio cómo los platos comenzaban a descolgarse uno por uno desde el borde del comedor y alcanzó a dar un escorzo antes de que el primero le callera en la frente. Tuvo la prudencia de no intentar contener la granizada de cristalería fina y de saltar en reversa para que las esquirlas no le descuartizaran las espinillas desprotegidas.

El estruendo, colosal, llamó la atención de Anita, que volvió a recortarse bajo el vano de la cocina, esta vez con una olla en las manos. La reversa improvisada de Deyanira terminó contra el cuerpo de su ayudante, a quien se le derramó sobre el delantal el guiso del horneado.

Todo acabó, pegajoso y sucio. Deyanira armó un berrinche, revolcándose en el suelo:

¡¿Por qué no me matas de una vez?!, gritaba. Por supuesto, no hablaba con Anita. Dios habrá estado ocupado en otra parte del mundo, porque no dio muestras de haberle estado prestando atención. No la fulminó un rayo ni la consumió una llamarada proveniente de sus entrañas, como deseaba Deyanira que ocurriera. Anita procuraba

levantarla del suelo e intentaba consolarla. Sus voces la enfurecieron más. ¿No se daba cuenta la tonta que se había echado a perder su fiesta de compromiso? El tiempo se les pasó pronunciando alaridos, de reproche la una y de disculpas la otra.

De repente se percataron del humo. En el fuego de la estufa habían quedado las guarniciones, cocinándose a fuego medio, y Deyanira descargó su frustración insultando a Anita hasta que llegó el intendente del edificio y la emprendió contra él.

Rogelio la encontró apremiando al hombre: sus invitados llegarían pronto.

¿Qué pasó aquí, Nira?

Ella se calló al instante, giró ciento ochenta grados, lo miró con ojos bien abiertos (no estaba de humor para escuchar nuevamente que lo hubiera dejado pasar); su rostro adquirió un color bermejo, apretó los dientes para contenerse y aguantó lo más que pudo, pero al final estalló: ¡Nos mandaron orquídeas en lugar de lirios!

CISMA

Ahí estaba, desparramado en la escalera a medio tramo de la cumbre, con el brazo izquierdo doblado sobre la espalda y el derecho debajo de la barriga, el rostro ladoado, la boca entreabierta congelada para siempre en un grito de espanto o de dolor (posiblemente ambos, estos sentimientos no suelen ser excluyentes), los dientes expuestos, la lengua hinchada y de fuera, lamiendo la tierra húmeda del amanecer; el hallazgo me cogió desprevenido: al verlo me detuve en seco, estudié sus rasgos pero no me perturbé hasta que miré a mi alrededor y noté que los demás corredores caracoleaban lenta, velozmente, conforme sus condiciones se los permitían, subiendo y bajando las escaleras de aquel teatro al aire libre, mirando despectivamente el cuerpo y pasando de largo, continuando con sus rutinas hasta el infinito sin el menor asomo de la perturbación que terminó de someterme por motivo de tamaña indiferencia; regresó pálido a casa, el resto de la mañana se la pasó entrando y saliendo de la alcoba, sentándose y parándose del sillón de la es-

tancia, navegando en círculos sobre la esterilla de mimbre del corredor que separaba ambas habitaciones del departamento que compartíamos, la única constante era el rostro tan blanco como una hoja de papel sin líneas, encuadrado bajo la barbilla por una camisa de cuello en uvé azul y sobre la frente por su mata de cabellos larga y desaliñada que acentuaba su apariencia de espantado, preocupada le pregunté Conrado, qué te pasa, una y otra vez, pero él evitaba mirarme a los ojos, seguía de largo su peregrinaje entre el sillón de la sala y la cama del cuarto haciendo crujir la esterilla de mimbre con sus pasos apresurados; cuando ya no pude más, me detuve y se lo dije: Claudia, pasaban junto al muerto sin detener la marcha, sostener el ritmo y conservar la vertical mientras subían o bajaban la escalera era más importante para todo mundo, nadie quería verlo, nadie, y yo junto a él, preguntándome a qué número debía llamar, me limité a extenderle sobre el rostro la toalla para el sudor que llevaba en la cangurera, le di la espalda y me alejé, regresé a toda prisa, pero sus ojos, sus ojos blancos y lívidos, se me aparecen tan pronto cierro los míos; comenzó la semana laboral, los días transcurrieron y

para el viernes pudiera decirse sobre Conrado que se encontraba repuesto, el domingo muy temprano se puso sus tenis, sujetó a la oronda cintura la cangurera negra de siempre (había repuesto la toalla empleada como sudario) y salió a trotar por las calles de la ciudad; el sol se erguía por encima de los tejados, matizaba de fuego el horizonte, los colores fríos de la noche agónica convivían con los cálidos del amanecer, sentía el azogue en los músculos tensos pero no había en estos el menor asomo de sufrimiento sino una sensación revitalizante, algunos corredores me saludaban y yo les regresaba el gesto gritando ánimo o venga, venga, claro que se puede o simplemente mostrándoles el pulgar hacia arriba como un César en señal de asentimiento, cuando divisé la meta (siempre daba dos vueltas a las escaleras del teatro al aire libre del parque Mujer insular) comencé a emplearme a fondo, las piernas estaban sueltas, la espalda derecha, la frente hacia el frente y yo me sentía pleno, propietario absoluto de mi cuerpo, dueño de un espíritu inquebrantable, el puto amo del universo, ingresé al teatro por uno de los accesos laterales, tan pronto como encaré el primer tramo de escalera de golpe se me disiparon los áni-

mos; regresó al departamento y me detalló el mismo cuerpo, más inflamado y purpúreo, vandalizado seguramente por los indigentes (sin zapatos y ropa), ultrajado por todas las especies de la fauna urbana (pico-teado por aves, arañado por gatos, mordisqueado por ratas, saturado de gusanos) y desprendiendo un olor nauseabundo cuya única reacción que provocaba en los corredores era el veloz gesto de formar con sus manos un cubrebocas, y qué piensas hacer, Conrado, le pregunté; el lunes por la mañana (los domingos ninguna dependencia pública trabaja en este país de mierda o difieren en todo caso sus actividades para dentro de los siguientes cinco a ocho días hábiles, señor Conrado, ya está bueno de dar tanta lata, señor Conrado, cómo chinga y jode, señor Conrado) llamé al Ayuntamiento desde donde me vincularon con Protección civil, desde donde me redirigieron a Sanidad en donde, después de pormenorizar con lujo de detalles por tercera vez mi caso, un funcionario descortés de voz pedregosa me informó que el parque y sus inmuebles e inmediaciones estaban a cargo del gobierno estatal: en Secretaría de Salud me echaron un choro antes de regresarle la pelota a la municipalidad, la papa

se quema se quema la papa, finalmente el mismo sujeto de la voz pedregosa me dijo traiga su solicitud por escrito y tres copias, tendrá una respuesta a más tardar en ocho días hábiles; se ajustó hasta donde pudo a las instancias burocráticas, el siguiente domingo regresó y el cuerpo había sufrido una descomposición acelerada (según él, a causa de la contaminación atmosférica, pero no era ni químico ni biólogo ni ambientalista para sostenerlo categóricamente), magro y sin carne, tenía la piel pegada a los huesos, en algunas regiones el esqueleto comenzaba a quedar expuesto, los gusanos continuaban realizando afanosamente su labor, sostuvo, y, cuando al término de los ocho días hábiles el sujeto de la voz pedregosa le informó que no podían hacer nada (ahí están las razones en el documento que le di, firmado y sellado por el encargado de la oficina, aseveró irritado ante la insistencia de que cómo iba a ser que no si aquel cuerpo en descomposición era un atentado contra la salud pública), Conrado decidió acudir a los periódicos para que difundieran la negligencia, es decir, pecó de ingenuidad porque todos los medios, si bien no eran públicos, no eran tampoco del todo independientes; se con-

venció que estaba en sus manos divulgar el insólito suceso luego de hablar con varios editores de redacción sobre el asunto sin recibir una sola respuesta positiva, recuerdo sus palabras la vez que salió con el celular y regresó dos horas más tarde a batallar con un editor de video antes de mostrarme el resultado, tres o cuatro minutos de grabación en los que describía en *close off* un bulto carcomido y supuestamente conformado por huesos y cuero: debo confesar que tuve que esforzar mucho la imaginación para distinguir lo que detallaba y aún así la respuesta a su qué te parece, Claudia, la dictó más un rescoldo de complicidad entre cónyuges que un verdadero convencimiento: son unos malditos; si lo hubiese parado ahí, no hubiera abierto su página de internet; después de un mes completo (había contado los días, uno a uno, y verificado la estadística de visitantes en cero el primero, en cuatro el décimo quinto, en siete el trigésimo), dije a nadie le importa pero sus restos se encuentran ahí, nunca los recogieron, tú me crees, verdad, e insistí tanto durante semanas con el ven, acompáñame, compruébalo por ti misma que a Claudia no le quedó más remedio y una mañana de domingo se puso los tenis, sali-

mos con el sol aún por asomarse, caminamos despacio mientras los corredores pasaban junto a nosotros, yendo o viniendo a medio gas o a toda prisa, hasta que por fin, a la distancia, distinguimos el perfil aún oscuro del teatro, descansando bajo la luz de las últimas estrellas y el alumbrado público; entramos y sentí su agitación, alcanzamos el primer tramo de escalera y comenzamos a subirlo, más o menos a la mitad se detuvo y señaló con el siniestro índice derecho un cúmulo de polvo gris, similar a otros cúmulos de polvo grises arrastrados por el agua, el viento y el calzado de los corredores a lo largo de toda la escalera, sin embargo el insistía fíjate bien, es más oscuro y su aspecto varía en esto y en lo otro, la verdad dejé de escucharlo y comencé a preguntarme qué hacíamos parados ahí, abrasados por el frío, mirando un montículo de tierra y sin nada más qué decir entre nosotros.

José Raúl Lamoyi

Escritor y profesor. Soñador empedernido, apasionado por la narrativa y el ensayo, en persecución de su propia libertad. Se ha desempeñado en la docencia desde hace ocho años; como narrador y ensayista, desde hace una década. Ha publicado, durante este tiempo, varios cuentos y reseñas en revistas digitales de creación literaria, así como algunos trabajos académicos en revistas indexadas. Ha ganado dos premios de creación literaria en Tabasco: el Estatal de Cuento Bruno Estañol 2019, y el Gabriela Gutiérrez Lomasto “Doña Gaba” 2025. Actualmente es miembro del Sistema Estatal de Investigadores. Es maestro en Intervención e Innovación de la Práctica Educativa (UJAT), y se encuentra cursando una segunda Maestría en Pensamiento Crítico y Hermenéutica, en modalidad virtual, en la Universidad Autónoma de Zacatecas, ambas incorporadas al Sistema Nacional de Posgrados. Buena parte de su formación la ha realizado a distancia, en instituciones como el INBAL, el Colegio de San Luis (Colsan) y la UNAM, en las que ha cursado diversos diplomados y seminarios de crea-

ción e investigación literaria, e incluso un diplomado en cinematografía documental.

ÍNDICE

El adversario	13
La provocación	21
La fiesta de compromiso	31
Cisma	41
Semblanza.....	49

Sin lugar para el acuerdo, de
José Raúl Lamoyi, se terminó
de imprimir en los talleres
Yaxol, en Cárdenas, Tabasco.
El día 28 de agosto de 2025. Se
imprimieron 1000 ejemplares.